



FÉLIX OVEJERO

El poder corruptor de los barones

El cuento de los Lambán, Page y compañía es conocido: el mismo de la historia entera del PSC

La mejor predicción política de nuestra historia reciente no salió de la boca de nadie que viviera de la ciencia política, sino de una mujer ajena al mundo académico, **Pilar Ruiz**, socialista y vasca, cuyo hijo murió asesinado por la organización terrorista ontológica y filogenéticamente entrañada en organizaciones políticas que sostienen al Gobierno socialista: "Patxi, ya no me quedan dudas de que cerrarás más veces los ojos y dirás y harás cosas que me helarán la sangre". Naturalmente, **Patxi** no ha decepcionado. Nunca decepciona. Si acaso, depura su estilo. Su granítica simplicidad.

La madre de **Maite Pagazaurtundúa** se quedó corta en su predicción, en el dominio, que dirían los matemáticos; pues al expresivamente patético López lo acompaña ahora, con desigual intensidad, la corte completa de los llamados barones (¡bendito hallazgo!) socialistas. Su proceder retórico es el habitual, tan jesuítico: "Estoy preocupado, pero, en el fondo, es para bien". En este caso, el patrón ha cuajado en algo así como "me parece mal la derogación de la secesión, pero lo cierto es que ahora estamos mejor que con el PP". Si se presta atención, cuando lo están diciendo, de fondo, se puede escuchar el engranaje de la **calculadora electoral**. Esa que forja convicciones. Quisiera creer que ese no es el caso de Lambán cuando nos recuerda lo que todos sabemos. También los barones. Y se lo callan. Quisiera creer, se lo prometo. Pero lleva uno tantas decepciones.

Casi no vale la pena recordar la cochambre del argumento. Pero, en fin, repitamos lo obvio. Que por uno no quede. Estamos como estamos no por lo que se ha hecho ahora, sino por lo que se hizo entonces, porque **el Estado mostró a los delincuentes una dosis de su poder** para asegurar la democracia. Una dosis, todo sea dicho, minúscula. La apreciada "tranquilidad" de ahora es mérito del 155 de hace cuatro años del mismo modo que la relativa salud actual del antaño heroinómano es producto del tratamiento de meses atrás. No hay más. O, bueno, sí; de lo anterior se sigue que desactivar la capacidad disuasoria del Estado aumenta la probabilidad de que se repita el delito. Sobre todo, cuando los delincuentes mantienen sus objetivos y sus estrategias y se muestran entusiasmados con la operación desactivadora.

El daño al Estado democrático es indiscutible. No solo porque debilita su capacidad para hacer frente a la destrucción de la comunidad política compartida. Lo es, sobre todo, por **el paisaje moral en el que nos instala**. En más de un sentido. El más obvio: reafirma el vicio interpretativo que ha podrido el alma de nuestra izquierda, la tesis de que el secesionismo -incluida su variante terrorista- es la expresión tosca o torpe de una causa justa; vamos, que el nacionalismo, en lo esencial, tiene razón y merece una respuesta. Eso justificaría tratarlo con generosidad, como al hambriento que roba una manzana. Desde ese supuesto trastornado se hace inteligible nuestra alucinante situación, hoy aceptada con la mayor naturalidad por parte de los voceros intelectuales del Gobierno de Sánchez: la gobernabilidad de España depende de satisfacer las exigencias de quienes tienen por objetivo político fundamental acabar con España. El futuro del Estado en manos de sus dinamiteros. Lo pasmoso es que los siervos, perdida la lógica con la decencia, lo repiten de corrido, tal cual, sin detenerse un instante a meditar lo que dicen.

El otro sentido es más serio. Por el guion en el que enmarca el debate político la estrategia del "así, aceptando sus demandas, estamos mejor". **El cuento de los Lambán, Page y compañía es conocido**: el mismo de la historia entera del PSC, incrustado ya para siempre en el tuétano de una enajenada sociedad catalana que ha naturalizado la reputación del delito, siempre disculpado por "razones políticas". Un guion que, cuando nos enfrentamos a retos de envergadura, tiene consecuencias perniciosas; y, por definición, no hay reto de mayor envergadura para una comunidad política que su propia supervivencia. Sucede que lo que al principio se acepta haciendo de tripas corazón se acaba defendiendo con convencimiento fanático. Hay que amortizar el coste de digerir ruedas de molino. La razón última es bien conocida por la psicología social: como nadie puede aceptar su deshonestidad intelectual, tiene que reajustar sus creencias. Y, a partir de ahí, en catarata. Como ha señalado Annie Duke, polifacética estudiosa de estos asuntos: "Cada vez que racionalizas la información nueva para aferrarte a una creencia, esa creencia se entreteje más en el tejido de tu identidad. La próxima vez que descubras información incompatible estarás aún más motivado para apegarte a ella". Una suerte de paradoja: la honestidad acaba por corromper el afán de verdad. Para creerse hay que mentirse.

Como pueden suponer, a mí me trae sin cuidado la salud mental de los barones. Aunque, por esa parte, se pueden quedar tranquilos: la hipocresía, la racionalización y el autoengaño son mecanismos clásicos de supervivencia psicológica. Mentirse es un buen bálsamo para la psiquis. Otra cosa es el efecto colectivo: la consolidación de un relato político distorsionado. Afianzado este, a nadie se le ocurre desactivar sus supuestos básicos: la indecencia del nacionalismo, su calidad antiigualitaria y reaccionaria. Al final, se recompone el cuadro de las sanciones morales. Con un experimento mental: la pregunta *¿gobernarán ustedes con Bildu en el País Vasco?* dirigida a los socialistas, impensable por ofensiva hace un par de años, hoy cursa con normalidad. Es más, resulta obvia en su respuesta: hasta aquí ha llegado la riada. La ventana de Overton ha destripado sus quicios.

Eso sí, **Sánchez puede estar tranquilo**. Está por encima de estas patologías, tan humanas. No se dan las condiciones. El afán de verdad y la honestidad le resultan ininteligibles. Y lo de la consistencia no lo trabaja. Nada que esperar. Lo peor es que, por lo que parece, tampoco hay mucho que esperar de Feijóo, cuyo único principio parece ser avanzar por donde encuentra menos resistencia. En su caso, como los barones, sacrifica el afán de verdad. De momento, ya ha comprado varias mercancías expedidas por el

nacionalismo, comenzando por esa entidad metafísica del "catalanismo cordial", uno de esos productos facturados por filólogos metidos a analistas políticos, uno más del bazar de "las soluciones imaginativas", esas piezas de chatarrería que tanto despreciaba Javier Pradera: palabras conjuro que emborronan más que acotan, como "comunidades históricas", "respeto a la singularidad", "perspectiva de género", "diversidad", "identidad", "lengua propia", "España plural" y -a estas alturas-- "federalismo". Farfolla y sonajeros. No hay día que no bendiga un supuesto político de los facturados por los nacionalistas y traficados por los socialistas, comenzando por el fundamental: la moderación consiste en llevarse bien con los independentistas, en todas sus variantes.

A efectos prácticos no sé qué es peor.

EL MUNDO 2/12/2022